

zas, que produce asombro, sobre todo cuando se echa una mirada hacia atrás, y se considera el breve plazo que ha bastado para este espléndido desenvolvimiento económico y cultural.

Pero en medio de este hermoso alarde: «entre el silbar de diez mil locomotoras, el resoplar de cien mil fraguas... el repiquetear de centenares de millones de oro; en la prodigiosa exuberancia de la fortuna pública y privada», una nota salta á nuestros ojos, que enturbia para ellos la risueña visión del porvenir; y es, que los resortes de esta prosperidad embriagadora, son la fertilidad de un suelo opulento, y el *brazo* y el *ingenio* extranjeros; y no (si no es en una muy pequeña parte) el *ingenio* y los *brazos* indígenas; y ésta es la diferencia capital que distingue (con desventaja nuestra) nuestra prosperidad de la prosperidad de los Estados Unidos.

Sería preciso confesarlo, si no lo declarasen demasiado alto los apellidos puestos al frente de nuestras grandes empresas de explotación y engrandecimiento: el colosal impulso de la cultura americana, no nace en la América del Sud, como en la del Norte, de elementos predominantemente nativos; y la razón de ello está, no en la falta de capacidad ó aptitudes, no en la flojedad de temperamento sino en mala dirección de la educación juvenil, la cual no desarrolla sus facultades ingénitas ni estimula sus iniciativas latentes; reducida á una pasividad que engendra caracteres receptivos, aptos para extasiarse ante los esplendores de una cultura exótica (que á las veces aprecia en más de lo que vale) pero ineptos para desenvolver por sí mismos los riquísimos filones de nuestra nacionalidad y de nuestra raza.

Que los americanos saben estimar todo cuanto bueno produce Europa, lo demuestran de una manera elocuente las firmas europeas de nuestros periódicos; las exhibiciones, pagadas á peso de oro, de sus artes. Pero sobre todo, lo demuestra de una manera dolorosa para nuestro amor propio, la inclinación de ir á buscar en

Inglaterra y Alemania, no ya sólo los artefactos de sus industrias, sino los *maestros* y *organizadores* para nuestros más vitales organismos indígenas.

Y con todo eso, al manifestar que conocemos la superioridad de los resultados que se obtienen en las naciones más adelantadas, no demostramos haber entendido que esa superioridad depende de la mayor excelencia de sus procedimientos. Vamos á Alemania á buscar *maestros* para nuestra juventud, y como persuadidos de ser la *sangre tudesca* lo que los hace excelentes, no atendemos á imitar sus métodos. Y, lo que es más admirable, no caemos en la cuenta de que los métodos que les dan su actual superioridad son los mismos que poseyeron nuestros antepasados, cuando se codearon con los suyos en las avanzadas de la ciencia y de la cultura.

Nuestra enseñanza y toda nuestra educación intelectual, anda extraviada por haber abandonado sus antiguos rieles. Esa, y no una inferioridad de raza, es la causa de nuestro actual retraso científico. Y por no entenderlo, vamos á buscar, con enormes dispendios, profesores de otra raza; pero, ó no les permitimos entablar aquí sus métodos, ó consentimos que no los entablen. Con lo cual podremos llegar á establecer una manera de *colonización* científica; pero nunca equiparar nuestra educación intelectual con la suya.

En este concepto, hemos entendido que las *bases* propuestas por el anterior Ministro, para proceder á la *investigación* sobre el estado de la enseñanza secundaria en la República Argentina, que es aquella de que depende principalmente la educación intelectual de las clases dirigentes, se dictaron con manifiesta preocupación; pues, dando cabida á temas de importancia evidentemente secundaria, como la cuestión de los programas analíticos ó sintéticos, la promoción de los alumnos, etc., englobaron en una sola base *B* ó segunda, un cúmulo de problemas, cada uno de los cuales exigiría una consideración amplia y distinta. Tales son las cues-